

LO QUE LA VIOLENCIA SE LLEVÓ

Serie de crónicas
Febrero–Abril de 1991

Julio Daniel Chaparro



pág. 7

A VOLADOR LO MATARON LAS ARMAS

Febrero 24

pág. 13

EL RÍO DE LOS ENEMIGOS

Marzo 3

pág. 19

NUEVOS LINDEROS PARA LA GUERRA

Marzo 24

pág. 25

TACUEYÓ EN SILENCIO...

Abril 14

Aquí se encuentran cuatro de las seis crónicas que debían componer la serie “Lo que la violencia se llevó”, trabajo periodístico que Julio Daniel Chaparro estaba redactando para el diario El Espectador. Éste consistía en visitar pueblos de distintas regiones, epicentro de masacres ejecutadas por diferentes actores armados, con la intención de demostrar cómo, pese al azote de la violencia, los pueblos renacían entre los escombros gracias a la voluntad de paz de sus gentes.

El 24 de abril de 1991, durante el desarrollo de la quinta crónica en Segovia (Antioquia), Julio Daniel Chaparro fue asesinado junto a Jorge Torres Navas, reportero gráfico que lo acompañaba.

25 años han pasado sin que se conozcan los responsables de este doble homicidio. Impunidad que cobija casi la totalidad de los 152 periodistas asesinados en Colombia desde 1977 a 2015.

Esta publicación es una invitación a honrar la memoria de todos los periodistas asesinados durante el ejercicio de su trabajo y un llamado para que se haga justicia en sus casos.



LO QUE LA VIOLENCIA SE LLEVÓ I

A VOLADOR LO MATARON LAS ARMAS

Febrero 24, 1991.

Antonio

“Este lugar se va a quedar en el olvido”, dice don Antonio, al tiempo que sale de la sombra que crece bajo el níspero. En Volador hace un calor espantoso. Afuera, tras la balastrada de madera que sirve como límite al solar de don Antonio, Ramón, un pelado de nueve años, lanza una pedrada intentando golpear una paloma turrugalla. Falla, Ramón escupe una palabrota y se recuesta contra el tronco de un campano. Sobre el pueblo se extiende un silencio profundo y vastísimo. Apenas llega el rumor del río Sinú y el claro aletear del follaje de los árboles.

“Aquí ya no puede pasar nada”. La voz de don Antonio suena lenta y pesarosa. Sus ojos miran hacia adentro, porque aquí, afuera, en el mundo, hay poco que mirar: una larga calle que se ahoga en el río y deja crecer el pastizal, un campo que no frecuenta nadie, algunas casas en las que las familias se dedican a la espera, tres o cuatro jóvenes descalzos aguardando el final del día, niños desnudos que miran semiocultos por las puertas, y un largo inventario que incluye casas quemadas, mojones que delatan cómo las viviendas fueron arrancadas de raíz, una iglesia y varios ranchos abandonados.

Los ojos de Antonio miran hacia adentro. Pero la nostalgia es amarga y duele mucho. “Ah”, exclama con notoria tristeza y espanta con la mano la mirada de zancudos que regresan al asalto, se pone a hablar de lo bravo que está resultando este calor.

Rosalba

Esta mujer de ojos inmensamente negros y mirada llameante, también atendió la orden impartida por hombres armados que prometieron entonces, en marzo del 88, la realización de una nueva masacre: había que desocupar el corregimiento de Volador. Ella no quiso dudar de las amenazas: había sido testigo, durante la noche del primero de marzo, del asesinato de varios de sus vecinos: el profesor Carlos Conde y los campesinos Jaime Aparicio, Luis Miguel Fabra, Manuel Vargas, Edwin Escobar, Abel Pacheco, Gustavo Urango, Amado Antonio Arrieta, Marcelino Buelva, Alfonso Díaz y Edwin Pacheco.

Por eso esta mujer se hizo presurosa, ató las pocas pertenencias de los suyos, y salió hacia la noche. La acompañaron numerosos habitantes de ese poblado que queda allá, sobre el Sinú, al frente de la hacienda Jaraguay, propiedad de Fidel Castaño. De allí partieron hacia Costa de Oro, en ese marzo del 88; era un extenso terreno de invasión donde, dispersos, vivían pocos parceleros. De pronto creció y se hizo poblado: 140 familias que habían salido de Volador intentaron reanudar allí la vida. Les resultó imposible.

Esta mujer que se mece los cabellos y atisba ahora hacia occidente, donde el sol estalla antes de morir, tuvo que prolongar la fuga. En enero del 89 el Sinú empezó a anegarse de cadáveres. Los vecinos de Costa de Oro desaparecían. Las atarrayas se llenaron de restos humanos. Y, el 18 de enero, aparecieron 30 individuos armados disparando indiscriminadamente. Mataron. Quemaron ranchos y cultivos. Gritaron. Se embriagaron con la sangre. Los campesinos tuvieron que salir corriendo, sin destino previsible.

Desde entonces, Rosalba se encuentra en Montería. La suya es una de las cinco mil familias que soporta la vida en el barrio

Cantaclaro, uno en los centros de invasión más grandes del país. Aquí habitan ochocientas familias que llegaron de Volador, Costa de Oro, Mejor Esquina y El Tomate, en vano gesto que busca sepultar el terror en el olvido. Pero el terror ya está en el adentro de sus cuerpos. Está en la memoria de los muertos que nunca lograron enterrar. En aquella dura nostalgia de los días comidos por la muerte. Y el intenso brillo de los ojos que, sin delatar el hambre y el abandono que atestiguan, se detienen en el restallar que viene del poniente. Imitando la fija negrura de estos ojos, Montería comienza a oscurecer.

Ramón

“Aquí vivía doña Magda, la mamá de la señora que está preñada, aquella que estaba lavando en el solar”, dice Ramón, escabulléndose entre las ruinas de una casa en la que crecen los árboles de palmito y retoña su primera cosecha un pequeño mangal. “Ella se fue, —añade—, nadie sabe para dónde”. En el frontis, que apunta hacia el campo de fútbol, aún se logran leer algunas consignas firmadas por el EPL. Ramón sale de entre las que fueron habitaciones o sala o cocina y trae unos mangos biches. Y recomienda: “Mi papá dice que esto es lo mejor para empujarse un ron”.

Volador se alarga hacia el río. Son pocas cuadras, una escuela grande que escasos muchachos visitan (“Yo apenas empecé a estudiar este año, informa Ramón), un paisaje de cercas y fincas enormes, y grupos aislados de hombres que escrutan sin hablar, sin soltar un murmullo siquiera. Sólo los niños se dedican a ejercer el dichoso bullicio de la risa: Ramón, por ejemplo, ríe tras una paloma y se cuadra la gorra de beisbolista. Avanza a paso lento, hiriéndose con los guijarros del camino. Ante las hileras de casas que

se espigan rodeadas de arbustos de matarratón, Ramón señala que aquí ya no vive nadie, que los de allí se fueron y dejaron la casa botada, que era muy bonita ¿sabe?, que por estos días no hay trabajo, sale muy poquito, por ahí unas horas de rula, nada más, pero que en los solares se coge lo de comer. Frente a una casa pintada con cal, Ramón intenta leer consignas escritas que citan la Biblia y desean feliz año. Nadie merodea por las calles. Uno que otro animal casero. Y los niños que, invariablemente, andan descalzos, sucios de polvo, mostrando la necesidad en el relampagueo de sus ojos. El sol agota. Ramón apura en grandes sorbos una gaseosa que, comenta, le sabe a gloria.

Más tarde, irá a sentarse bajo las guásimas con los amigos para hacer lo que todos están haciendo desde que despuntó el día: nada. Ahí, esperando que ocurra algo que no ocurre nunca. A excepción de un viento que aúlla, nadie visita el poblado. Aquellos que huyeron hace tres años no quieren volver. Los pocos que se quedaron, guardan un silencio memorioso. Evitan hablar de los días de la muerte. Los más osados se zambullen en el río mientras, en la ribera que queda al frente, modernas voladoras se mecen en el apostadero. Allá, cuentan, viven los hombres de Fidel Castaño. Y muestran una hacienda ostentosa de techumbre rojiza.

Un hombre joven, tostado por el sol, de pómulos huesudos y ojos oscuros dirá, cuadrándose el sombrero: “Esos fueron los tipos que nos mataron”.

Voces

En Montería el verano se ha vuelto insoportable. Los habitantes de Cantaclaro se quejan de la falta de agua, de la falta de trabajo, del hambre, de las enfermedades, de las nubes de polvo que el aire le

roba a la tierra. Los habitantes del barrio La Pradera comentan los chismes del día, saben que hubo otro robo, maldicen, culpan a los vecinos de Cantaclaro, sentencian: “Ellos son unos ladrones, un día de éstos nos van a robar a nosotros”, y reniegan de la mala suerte. En el rancho tembloroso donde malviven los siete integrantes de la familia Méndez, naturales de Volador, no hay nada para comer. Sin embargo, se resignan. Algo aparecerá más tarde.

No. De Volador no quieren hablar, señor, eso se quedó en el pasado, fue todo muy aterrador, para qué remover en las heridas que aún no se secan. Lo importante ahora, señor, es ver si conseguimos algo de trabajo. La madre lava ropa, o asea casas, o hace lo que sea cuando sale algo para hacer. El padre va al centro, a veces, a ejercer el oficio del rebusque. Los niños aguardan. Los mayores saben que tienen que ir a hacerse la vida.

Pero la vida no les cabe entre las manos. Campesinos que huyeron, eso son. Que salieron a escuchar el sordo eco de los disparos y se enfrentaron a otra forma de la muerte: el hambre, la escasez, el abandono. Será esperar, señor, que la cosa mañana mejore. ¿Qué se le va a hacer?

Volador ya no existe, dicen. Es un pueblo fantasma, dicen. Volador no queda en ninguna parte, dicen. Por allá es mejor no pasar, dicen. Eso trae mala suerte, dicen.

Luego guardan un silencio funerario. Aunque siguen aquí, donde la miseria es compañera inevitable, no logran escapar de la acechanza mortal que hace tres años los persigue, ésa que solo les dejó una lenta muerte en el alma y todo el temor que es posible sentir en la vida. Para ellos, Volador y Costa de Oro constituyen un recuerdo amargo. Pero no lo logran olvidar.

LO QUE LA VIOLENCIA SE LLEVÓ II

EL RÍO DE LOS ENEMIGOS

Marzo 3, 1991.

En mañanas vegetales como ésta, el río Güéjar permite una presencia bienhechora, una dulce normalidad. Sopla el viento. Se hace ancho el cielo, enteramente azul. Los muchachos van y vienen sobre frágiles canoas que manejan con destreza. Pero ocurre que llega una noticia, así, de boca en boca, entre cuchicheos: “Los de la autodefensa mataron a don Caraballo”, informan. Y entonces el día pierde su esplendor. Allá, en el fondo de la ruta que conduce a lo más fértil del valle, una mujer brama su dolor, espantosamente derrotada.

La margen derecha del Güéjar le concede la extensión a Puerto Lucas y sirve de escenario para que de nuevo el aire sea surcado por el eco del dolor. No es algo nuevo. Muchos de los que están aquí conocen perfectamente su dolor pues es su herencia: son los que llegaron a este territorio huyendo de las muchas formas de violencia que en este país se repiten con macabra puntualidad. Pero aunque la de ellos sea una muerte de tradición horrorosa, pareciera que la aceptan. La noticia de la muerte de don Caraballo, un hombre viejo que fue ultimado mientras echaba maíz a los pollos del solar, es asimilada con prontitud. De nuevo las canoas repiten travesía. El viento sopla. El cielo sigue azul. Sólo el gesto demudado de los rostros evidencia que en este primer viernes de marzo, bajo piscis, el día ha perdido su esplendor.

Orillas enemigas

La margen izquierda de este río calmoso y zigzagante, en cambio, se pierde en una caprichosa carretera que pronto sube penosamente la meseta para llegar a Vistahermosa, desde la cual se avista el valle en asombrosa hermosura. Sobre la ciudad el sol cae oblicuo y se hace casi abstracta, en el amanecer, la imagen que en el fondo del mundo dibuja la serranía de La Macarena.

Aquí, en Vistahermosa, los soldados patrullan con segura insistencia, las mujeres barren en las puertas de las casas, y los hombres hablan de los enemigos que viven allá, al otro lado del río. Para ellos, la situación es muy clara: pasando el río está el territorio de las FARC; allá viven también —sostienen— los enemigos del sistema, aquellos que un día tuvieron que salir de Vistahermosa.

El concejal liberal Pedro Luis Arenas Escobar cuenta: “Este pueblo era de ellos. La guerrilla hacía lo que le daba la gana. Incluso en esta casa que está sin pintar, los del sindicato de la UP arreglaban matrimonios. Nosotros teníamos que soportar esos abusos. Hasta que la gente se cansó y decidió sacarlos”.

No es una fábula. De hecho, en un proceso de apenas dos años, la Unión Patriótica, que hacía unanimidad en el concejo municipal, retrocedió en su poder electoral hasta llegar a la desaparición. Para que eso ocurriera se combinaron muchos factores: el surgimiento de grupos de autodefensa con una gran capacidad de operación; la inversión de capitales del narcotráfico en la zona; el probado agotamiento de la población ante la hegemonía, generalmente abusiva, de los grupos de izquierda que siempre consideraron como suya a la región.

El hecho es que, utilizando diferentes métodos de acción (asesinatos selectivos, intimidaciones, masacres, intimidación de líderes

reconocidos, quema de viviendas y hostigamiento), los que querían que saliera la izquierda, lo lograron.

Pero éstos, en amplia mayoría, hicieron lo simple: cruzaron el río y se instalaron en Puerto Lucas. Desde entonces, vadear el Güéjar puede ser mortal si lo hace un liberal o un conservador de Vistahermosa, yendo hacia la orilla derecha, nadie responde por su vida. Si lo hace un comunista de Puerto Lucas, ocurre lo mismo.

Por cierto, todos los crímenes quedan impunes. La que aquí impera es la ley del Talión.

Oficios terrestres

Este lugar del planeta podría ser el paraíso si aquí la muerte no mostrara su negro hocico con tal obstinación. La muerte que es producto del odio. Y de la impunidad. En un trecho tan hermoso y breve, hombres que se identifican como izquierdistas o demócratas, según la beligerante militancia, argumentan la vía del disparo para imponer el predominio de unas ideas que, en la gran mayoría de los casos, no alcanzan a comprender.

La vía del disparo, o de la ráfaga: en ambos lados del Güéjar se narran historias solucionadas con un muerto más, con otro hueco perforado en el cementerio. Así han caído “auxiliadores de la guerrilla” o “cómplices de los sicarios”, según quien haya disparado. Así, las familias enteras como la de Julio Cañón, primer alcalde elegido en Vistahermosa, fueron prácticamente exterminadas. Así, también la de varios militantes activos del liberalismo y del conservatismo.

Aunque los momentos más crueles de la violencia han cesado (“por el momento” advierten de uno y otro lado), las ígneas pasiones que la animaron se mantienen intactas: “El mundo se va a acabar aquí mismito”, dice don José González, un campesino de Puerto

Lucas que se pasa lanzando sentencias apocalípticas. “Nos dijeron que los guerrilleros se iban a tomar el pueblo. Que vengan, los estamos esperando”, asegura de su parte el concejal Arenas Escobar en Vistahermosa.

Ambos hombres mantienen sus temores y sus odios: “Ojalá uno pudiera decir todo lo que ha pasado por aquí”, dice don José mientras suspira. “Los periodistas son subversivos, todos son subversivos, pues sólo hablan de los muertos de la izquierda, pero cuando el muerto es liberal o conservador, se quedan callados”, dice, herido, el concejal Arenas.

Ambos hombres son víctimas. Como el resto de los vecinos, tanto de Vistahermosa como de Puerto Lucas. Emboscados en el fuego cruzado que tiene como límite el curso del Güéjar, los habitantes de ambas orillas, aquellos que no tienen arte ni parte en el lío, se lamentan con resignación: “Hay que hablar pasito, no hay que meterse con nadie”, dice Abelardo en Puerto Lucas. “A una señora la descuartizaron un día, no hace mucho, y desde entonces me juré que cuando termine mis estudios me voy a ir del pueblo para siempre. Yo no soy comunista, ni liberal, ni conservadora, ni nada. Es que no me gusta que la gente se mate”, dice Yolanda, una estudiante de Vistahermosa que cuenta los días para que este año se acabe.

Mientras tanto, el río fluye con su carga terrestre; humedece la tierra del valle, le permite que sea quizá la más rica zona agrícola del Meta. En ella los campesinos de ambos lados del río trabajan con dedicación en las más desventajosas circunstancias intentando mantenerse en pie y lograr con qué comer, con qué salir de la pobreza. Ellos, a veces, logran ver cómo llegan hasta los sembradíos hombres armados que amenazan en nombre de la revolución o en nombre de la democracia.

Ante los agentes de la guerra, los campesinos agachan la cabeza y obedecen, sin alzar la voz, evitando en lo posible que ocurran los problemas. Es lo que han aprendido para seguir viviendo. Si es que acaso eso puede ser llamado vida.

*“Aunque trabajan de sol a sol
y de muerte a muerte,
los hombres tienen coraje para cantar”.*

Fayed Framis

LO QUE LA VIOLENCIA SE LLEVÓ III

NUEVOS LINDEROS PARA LA GUERRA

Marzo 24, 1991.

La guitarra del amigo de María Luisa, mujer de cabellos larguísimos ahogada entre los pasajeros de la chiva que trepa y está escalando la montaña; la guitarra del amigo que se llama Alfonso y tiene barba incipiente y un rostro austero y unos ojos distantes y claros; la guitarra que emite un eco seco en cada pataleo del auto cuando cruza un gran hueco o estrelló una piedra, cansado el auto de subir hacia El Carmen de Chucurí por una carretera polvorienta y absolutamente vegetal cuando miras el oeste; la guitarra del amigo de María Luisa, es una pobre guitarra rota que no tiene más que tres cuerdas, pero con ella es posible cantar para los muertos.

Sin embargo, ni Alfonso ni María Luisa están soportando este trote de viento y polvareda para cantarle a los muertos. No. Ellos viajan apenas, sintiendo también el aroma de los limoneros que inauguran el pueblo. Como todos, se han tomado una cerveza en Yarima para desterrar brevemente este calor que calcina. Ahora descenden ante los arbustos del pinar, cruzando el parque donde Trino Montañez escarba entre la tierra para afinar el adoquinado, y saludan a las niñas que recogen chamizos en la hojarasca con la intención de encender lumbre en el hogar. Después bajan y se pierden por esa trocha que culebrea por la falda de la montaña que llegará, agotada de seguro, a la vereda de Los Sabanales.

Antes, muy silenciosos, sin tomarse de la mano, sin una sola caricia, han cruzado por el frente del cementerio del lugar.

Palabras sin canción

Por el camino pasa, asustándose, una yegua muy negra. No resabia. Los hombres sí. Más tarde ríen de su propio susto. “Por un momento pensé que sería una balacera”. Al reír, a Jaime no le brillan los ojos.

Hace como unos quince días —cuenta—, se dieron plomo del bueno los de abajo contra los de arriba, porque de nuevo andan echándose bala los carajos, pero bueno, con nosotros no se meten, o no se han metido hasta ahora, ni los de abajo, que son los guerrilleros de las FARC y el ELN, ni los de arriba, los masetos, los del MAS, hombre, los que armaron a los Isidros Carreño...

Miguel asiente. Su mueca se extravía en la larga cicatriz que cruza su rostro. Y afirma: “encontraron otro muerto (cirilí, que es como ellos le dicen a los muertos) en una zanja, abajo, en la vereda Los Aljibes, de seguro un muerto de la guerrilla porque éstos de nuevo están molestando, cosa muy arrecha, por eso los masetos volvieron a bajar, por eso fue la balacera de hace como quince días. A veces uno ve los helicópteros del Ejército, unos animales enormes con grandes fusiles..., uno los ve sentado allá, en el parque, y ve cómo se dan plomo, pero uno no se mete con nadie, eso ni pa'qué, es lo mejor no meterse, no meterse con nadie, yo que le digo... Sí, se escuchan los tiros y hasta los gritos, y uno aquí, como si estuviera viendo una película”.

Doña Helena emite un sonido sordo, mientras algo le corrige a uno de los niños que revolotean incesantes entregando su fresca algarabía. Tiene ojos grandes y claros doña Helena. No habla. Y se frota las manos en el delantal.

Jaime se limpia los dientes con las uñas y también advierte el hermoso paisaje que revienta al entrar por la ventana, rojizo, denso,

acompañándose con la silueta de las mujeres que suben cargando leña para el fogón o tirando de los caballos que lavarán en el solar de las viviendas. Jaime termina su limpieza: “Siempre hay muertos, ¿cierto, Miguel?” “Ajá. A algunos los entierran. Por eso el cementerio está lleno de muertos desconocidos”. Miguel mira a los ojos sin pestañear: “En las tumbas está escrito ene-ene maseto, o ene-ene, o ene-ene de las FARC, el cementerio está lleno de ene-enes...”.

Práctica mortal

No es el fin del mundo sino el anochecer, pero los habitantes se guardan en sus casas. Tan sólo se perciben las sombras presurosas de aquellos que esperan una llamada en la oficina de Telecom o de los policías que dialogan en una esquina. La luna crece sobre la cuchilla de la cordillera, arriba, donde merodean los hombres del MAS. En los bajos de la montaña, donde están los guerrilleros, reina el silencio. Para tranquilidad de otros, esta noche no se escucha ningún alarido. Porque toda muerte es el alarido.

Para muchos, desde que el MAS reapareció y los guerrilleros retrocedieron, la cosa se ha calmado un poco (dicen los entendidos que eso se repite en todo el país), porque sencillamente ni los de abajo suben ni los de arriba bajan. Cuando se cruzan, fijo, hay muertos. Los habitantes del pueblo lo saben. Por eso no se vinculan con nadie. Se resignan a ocupar su sitio, agachando la cabeza, sin respuestas, ojos clavados en la tierra, cabeza negando o asintiendo, sin voz, sin sonido.

Es la misma historia: antes, la zona rural del municipio (zona poblada por alrededor de trece mil campesinos), era patrimonio del frente Capitán Parmenio del ELN y el XII frente de las FARC. Los campesinos del área de San Juan Bosco de la Verde, se cansaron

de pagar el tributo obligatorio. Apareció el MAS, bajo las órdenes de Isidro Carreño padre, según el reiterado testimonio de los lugareños. Bueno, el mundo bipolar abajo los guerrilleros, arriba los masetos. Jalando, el Ejército. Y en la exacta mitad, el casco urbano del pueblo, con poco más de mil habitantes.

Tal distribución definió territorios propiedad de los violentos. Durante un breve lapso de catorce meses, la situación tendió a la calma. Pero ahora vuelve y juega, y se incrementa. La evidencia la establecen los retenes de guerrilleros o paramilitares en las vías. La guerrilla de nuevo está en la zona, y los pobladores ya saben que los masetos se reagruparon y están siendo nombrados los vigilantes de cada familia. Los vigilantes: o los jefes el hogar, o los muchachos más jóvenes, o individuos que las familias contratan. “Listos para echar bala”, como se avisa por los lados del Diviso de Cirales, en las lomas del Carmen. Así se vive aquí, así se muere.

Envío

El viento sopla distinto en la noche silenciosa y serena de El Carmen. Es un largo rumor, un agitar de follajes que nadie escucha porque duermen los que pueden. La ciudad se apaga muy despacio.

Raro: los carmeleños hablan de la muerte con una tranquilidad inaudita. De esa muerte cotidiana que se ha convertido en costumbre. De seguro saben que para hablar de eso están los cementerios.

Nadie pregunta por qué crece la muerte, pues la inquietud puede tornarse peligrosa, para ellos es también otra compañera, una vecina más que evitan encontrar utilizando el silencio. Una cosa que se avino y los ronda desde siempre.

Y, sin embargo, ninguna herida sabe ser suficiente: con las brumas del vasto anochecer también llega el vago murmullo de esa

guitarra que solo tiene tres cuerdas. Una tristura desde los lugares del cementerio. Oigan: abajo, entre gemidos, alguien saca coraje para cantar.

*Ya no me encontraron.
¿No me encontraron?
No. No me encontraron
Pero se supo que la sexta luna huyó
torrente arriba,
que el mar recordó ¡de pronto!
los nombres de todos sus ahogados.*

Federico García Lorca

LO QUE LA VIOLENCIA SE LLEVÓ IV

TACUEYÓ EN SILENCIO...

Abril 14, 1991.

El rostro del señor Abel Jascué es delgado, casi religioso: es fácil ver el movimiento de sus huesos. Y el color oscuro de sus ojos vive apagado, aunque en momentos relumbra. Por ejemplo, relumbrió, y mucho, la tarde del 20 de octubre 1985, cuando don Abel avistó con estupor una columna de hombres que iba hacia la muerte.

No es sino convocar el recuerdo, para que aparezca una mueca de hastío: “Yo supe después que ellos caminaban para morir. Porque todos fueron asesinados. Creo que en esa columna avanzaban por lo menos cuarenta tipos, todos guerrilleros. Como a la semana encontramos sus cadáveres. Yo no lo quería creer”.

Él no lo quería creer, es cierto. Pero lo creyó. Aquel día el señor Jascué estaba sentado en el piso, bajo el alerón de su casa, que queda en la vereda de Chemicueto, allá, bien arriba. Don Abel se entretenía mirando el humo que salía de la cocina. Cuando se incorporó, parpadeó ante el sol fantasmal del ocaso: “Era una fila de prisioneros. Los tipos iban amarrados de las manos, con la cuerda al cuello y los ojos vendados. Lo curioso es que sólo tres o cuatro iban libres, tirándolos y amenazándolos. El resto, amarrados. Ahí supe que los iban a matar. Unos días después, encontramos una fosa con 33 cadáveres. Había de todo: niños, mujeres embarazadas, hombres jóvenes. Todos habían sido torturados. Yo creo que muchos de ellos murieron a garrotazos.”

Tres cruces

Tacueyó es una escalera de casas de tierra pisada y techumbres de zinc, empotradas en la montaña que baja al valle del río Cauca. En ella, las semanas son una extenuante rutina que sólo se alegra cuando el sol deambula entre los campos. Pero existen los domingos; como salidos de una madriguera, hasta el pequeño poblado bajan los campesinos cargando los productos que brotan de los páramos. Son hombres achaparrados, de tez oscura y ojos profundos, en los cuales se advierte con facilidad la unión de los paisas colonizadores del norte caucano, y los indígenas paeces que tuvieron que bajar la cabeza. Abel Jascué es uno de ellos: silencioso como los demás, ha aprendido a asumir la adversidad y el horror porque, para ellos, adversidad y horror son naturales.

Ahora mismo el día anuncia la lluvia. Don Abel se resguarda en el umbral de una tienda, y señala un picacho. “Mire, —dice— allá están las tres cruces. Por ahí encontramos varias fosas repletas de cuerpos destrozados y desnudos. Son lo único que recuerda la matanza hecha por Javier Delgado, el jefe del Ricardo Franco ¿se acuerda?”.

Sí: se recuerda la delirante historia de terror escrita por José Fedor Rey, alias Javier Delgado, quien en nombre de la revolución, dirigió el asesinato de 164 militantes del insurgente Ricardo Franco, el grupo que comandaba y del cual, junto con Hernando Pizarro y Miguel Ángel, es uno de los pocos sobrevivientes.

Aunque ésta ha sido la más violenta escena que han presenciado los habitantes de Tacueyó, ellos lograron que fuera superada desde el primer día: “No nos preocupamos mucho, porque a nosotros no nos tocó”. Es eso lo que informa el señor mientras contempla la llovizna.

La indiferencia podría parecer cruel, pero nace de la costumbre.

Al fin y al cabo, ante el crimen y el horror estos hombres han opuesto el silencio. Un silencio medroso que, por cierto, es actitud de defensa pues recurren a él como única opción para sobrevivir.

Ese mimetismo es el producto que la malicia ha impuesto para narrar historias como ésta. En Tacueyó no es una costumbre novedosa. Así lo han hecho desde el 85. Así lo habían hecho antes, en los años cincuenta, cuando en Tacueyó se asentó el único grupo de la guerrilla liberal caucana que, a la postre, también se integró a las entonces nacientes Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Así lo hicieron en los setenta, época en que el señoreo corrió por cuenta del M-19, el Quintín Lame y el VI Frente de las FARC. Y así lo hacen ahora, pues las muertes no se han ausentado, sino que se han hecho tan frecuentes que lo raro es que no acontezcan.

La diferencia es de nomenclaturas y métodos: hoy, los muertos los ponen los campesinos, cuando a los grupos de izquierda o de derecha les da por salir a cazar informantes de sus respectivos enemigos. Los campesinos saben que hacer: callan. Y el silencio vuelve a ser el mismo que corre por el río López a donde han ido a parar muchos de los hombres que, por accidente o capricho, se han cruzado en el camino de los violentos: es decir, de los asesinos.

Razón de olvido

Una cosa es cierta: ni Abel Jascué ni los pobladores de Tacueyó que tuvieron el infortunio de acercarse al horror en esos alucinantes días del 85 y principios del 86, han logrado el beneficio del olvido.

Lo que ellos levantan como mampara es el silencio, inclusive en las huertas, el mismo silencio que va a morir en la corriente del río, abajo en la ladera. Pero el recuerdo permanece, duele en los huesos de estos hombres.

Bueno: y rechazan las preguntas. Y se lamentan: triste eso de que el pueblo sea famoso porque en él hubo un genocidio. Y no quieren hablar ni del pasado, ni del presente, ni del ahora: se limitan a habitar el aquí, a poblarlo con las precariedades y los miedos. Pues, como no olvidan, como saben de la acechanza permanente que ejercen los nuevos agentes de la violencia (Ejército, FARC, ELN y, para variar, paramilitares), el miedo les aguza los sentidos y por eso asienten o menean la cabeza negando. Y claro, callan.

Sí: Jascué y todos sus hermanos saben que silencio y tristeza y miedo son una misma cosa. Así las acontecen. Es ésa su herencia más astrosa. De esta manera actúan porque saben que sólo así podrán sobrevivir. Y lo cruel del asunto es que tienen razón.

Esta publicación ha sido posible gracias a
la cortesía del diario El Espectador y al apoyo de
la Fundación para la Libertad de Prensa – FLIP

Impreso en Abril de 2016

Coordinación editorial

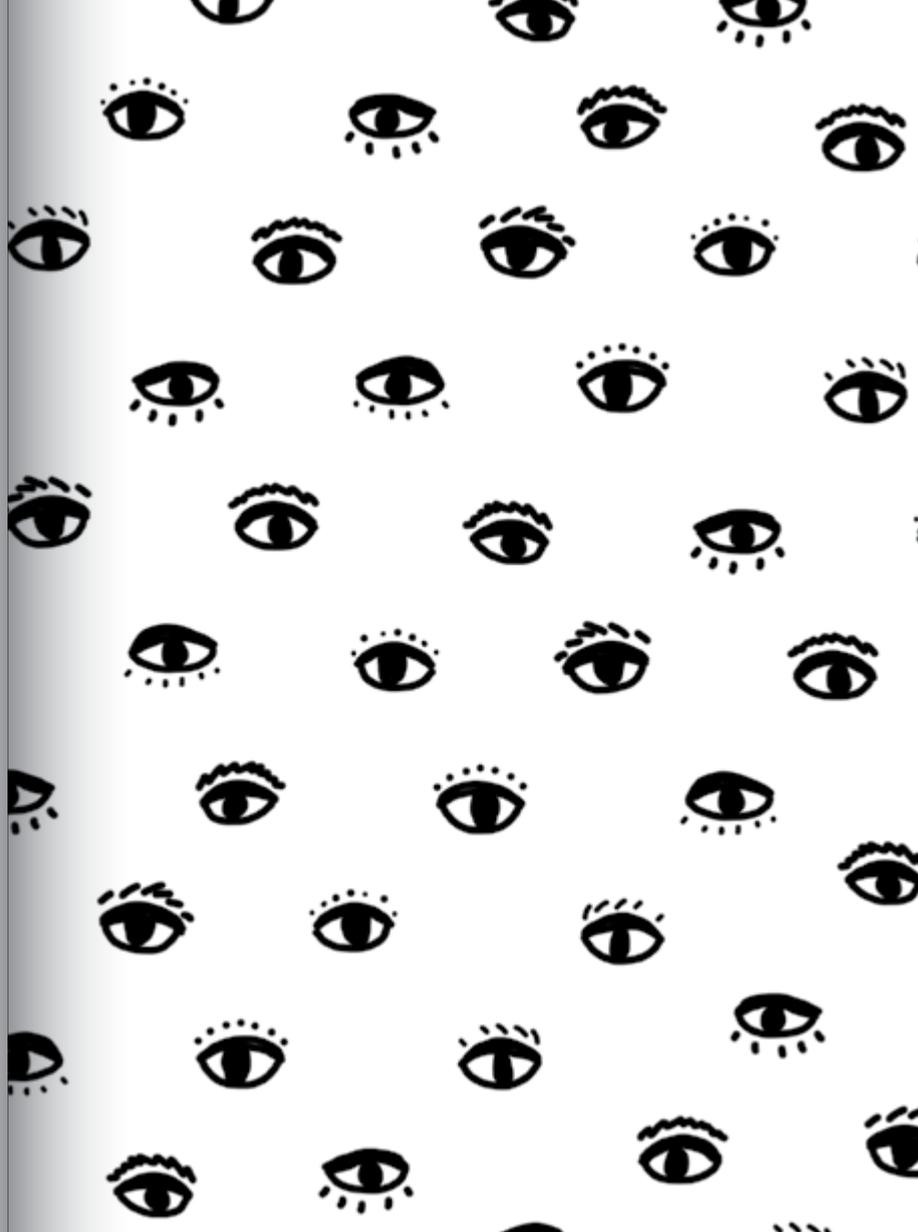
Daniel Chaparro Díaz

Diseño gráfico

workshop.es

Impresión

Impresol Ediciones Ltda.





FUNDACIÓN PARA
LA LIBERTAD
DE PRENSA